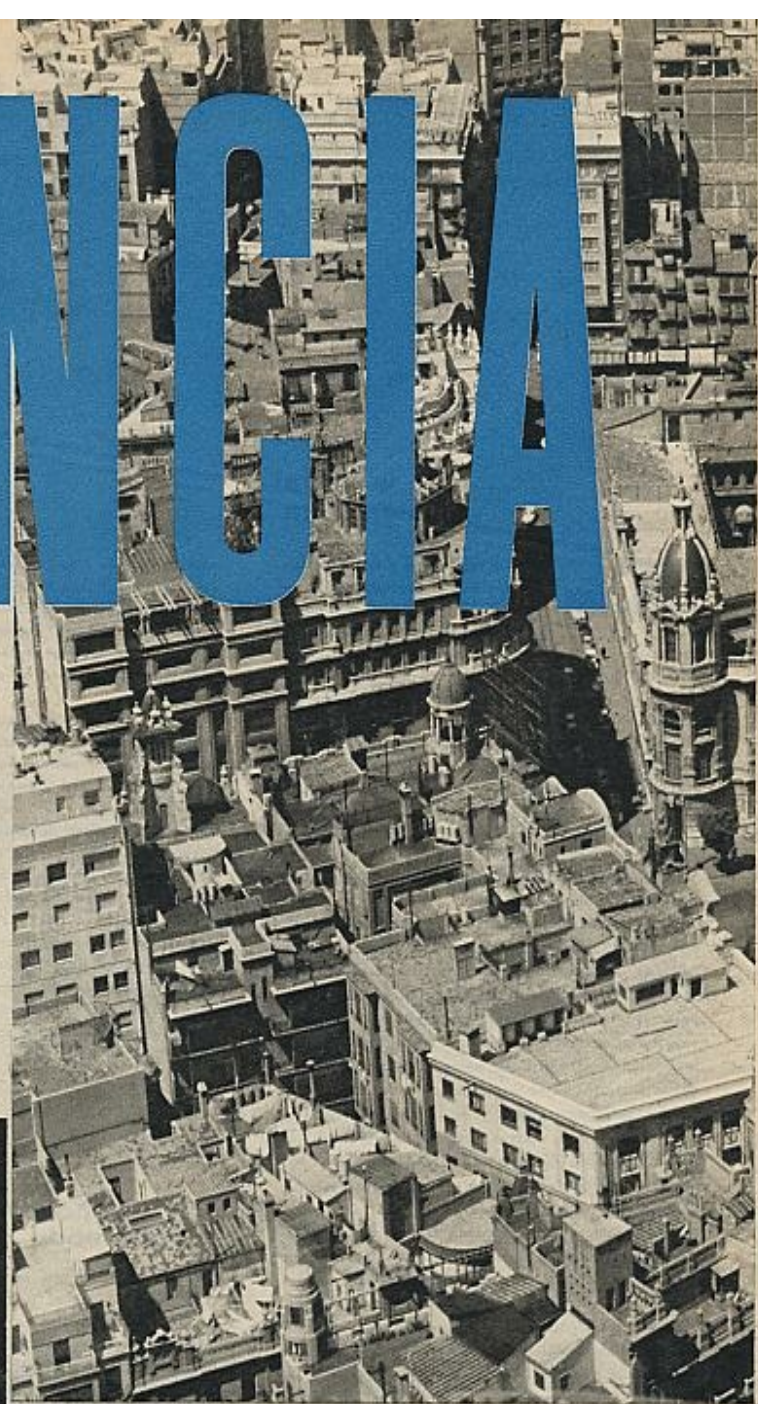


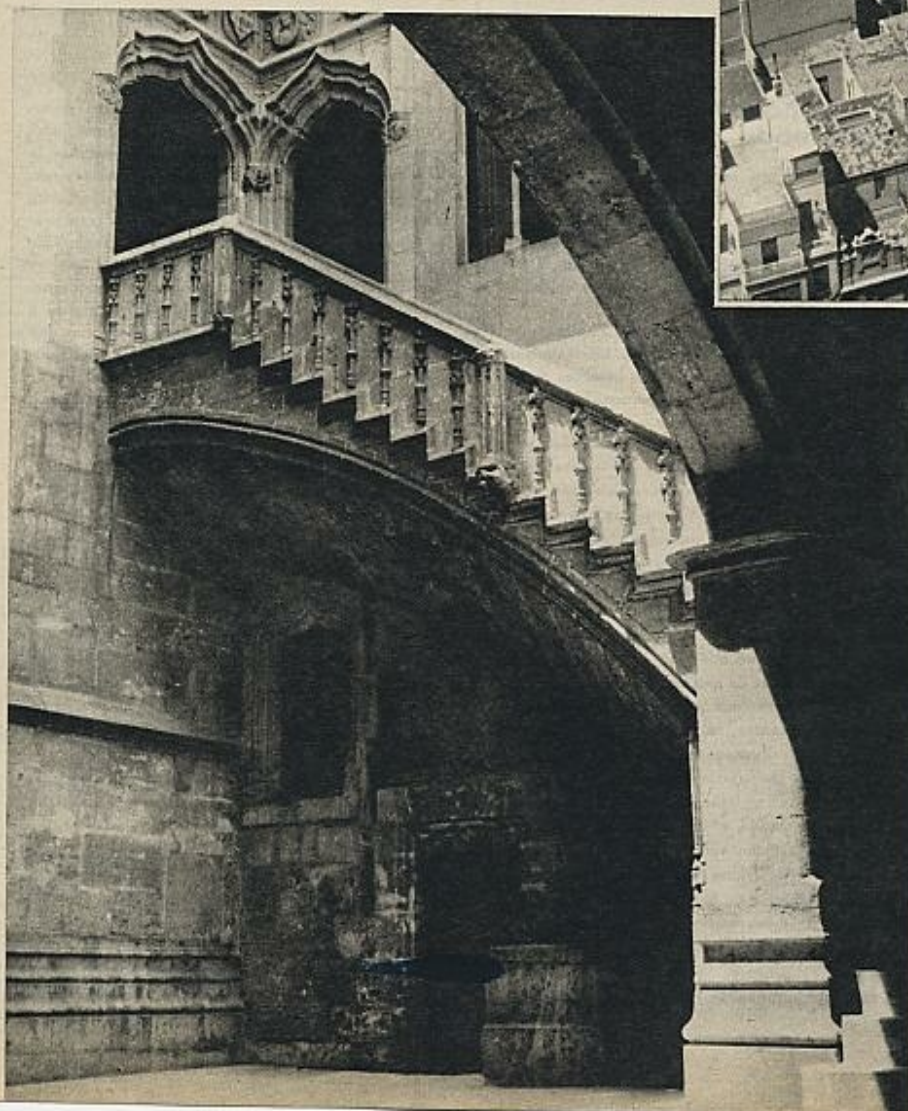
# VALENCIA

**Texto de JOSE OMBUENA**

Fotos aéreas en color y en negro:  
**SERGIO PALAO y FRANCISCO PERALES**  
Información gráfica: **CABRELLES y PENALVA**  
Fotos en color: **PENALVA**



En la ahora Diputación Provincial, se reunían las Cortes del Reino. Este Palacio de la Generalidad fue su mejor marco: solemne sin envaramiento, no carece de suntuosas ornamentaciones del más señorial y sugestivo gótico mediterráneo.



El centro de la ciudad, escenario de sus fiestas, marco que brindan descanso al viajante y un festín para

**E**STA es Valencia. Quien busque negruras, pase de largo porque Valencia es clara, riente, luminosa: sin brumas en los cielos de sus paisajes y en los ánimos de sus gentes. Quien prefiera las torvas lobregueces, pase de largo. El valenciano es un pueblo poco dado a creer en espectros y al que no hace demasiada mella el sentimiento trágico de la vida. Pero conoce muy bien el precio de la felicidad. Cuando oye hablar del «Levante feliz», se siente vagamente incómodo sin acabar de comprender que, de un modo u otro, están llamando a su tierra, paraíso.

Vista desde lejos, Valencia es como un «Far West» donde puede yacer aga-



de sus duelos, espacio para sus manifestaciones cívicas, mentidero para ociosos, tarea para urbanistas que cambian su estructura según soplan los vientos; terrazas de bares sus ojos, la Casa de la Ciudad, la Telefónica, establecimientos bancarios y eso tan importante que es decir: «Te espero a las siete en la acera de Correos...»

zapada la fortuna para los hombres de mente clara y pulso sereno. No mana aquí el oro negro de los pozos petrolíferos, ni reposa en filones bajo tierra. Hay quienes creen que el oro de Valencia pende vegetal de las ramas de los naranjos ribereños o se multiplica en las espigas de los arrozales; pero ésa es tan sólo una media verdad, pues el oro valenciano se llama esfuerzo.

¡Y qué esfuerzo! Muchas de estas tierras, antes de ser huerta, hubieron de ser ciénaga. Muchos de estos campos, antes de ser naranjal, fueron secano pedregoso. El problema con el que hubieron de encararse los valencianos primitivos es el mismo problema de

muchos pueblos mediterráneos: el problema del agua que sobra y el problema del agua que falta. Había que desecar, drenar, sanear, canalizar, regular, alumbrar... Es muy probable que Valencia, abandonada a su destino primigenio, hubiese quedado en agro palúdico, poblado palafítico o aprendiz de Venecia en su laguna. Pero lo que el valenciano ha hecho para trocar en campo fértil la charca y el secano, poquísimos pueblos lo han hecho con tan alegre esfuerzo. Así nació la ciudad: ceñida por el Turia, asediada por la huerta, el mar junto y al lado la Albufera como un paisaje oriental de aguas quietas, esbeltos juncos y aves boreales



# VALENCIA



que bajan a invernar y a las que aguardan las salvas cerradas de incontables escopetas cazadoras.

Y no sólo aves emigrantes de paso. Valencia fue desde siempre solar de arraigo para incontables gentes llegadas de otras comarcas españolas, entre el Ebro y el Segura. La más antigua y densa inmigración es, sin duda, la que viene Turia abajo desde las sierras aragonesas de Teruel. Casi no hay estirpe valenciana sin injertos aragoneses, y no debe ser casualidad insignificante que el folklore valenciano caiga de lleno en el ámbito de la jota, con su acento bravo e individualista, igualmente alejado del coralismo de más al norte y del «cante» que tiene en Cartagena su capital más próxima. La colonia aragonesa es, en Valencia, numerosísima y no parece que dé mala mezcla la enjuta tenacidad de allá con la agilidad mediterránea de acá. De la confluencia de tales sangres fueron fruto el marqués de Campo, promotor de los progresos urbanos al filo de la Restauración; Blasco Ibáñez, el novelista; Sorolla, el pintor; Llorente, el poeta... Tan valencianos, por otra parte, todos ellos.

Otras impregnaciones son evidentes en la demografía y en el carácter de Valencia: la catalana, cifrada en linajes de la reconquista; la manchega, desde Albacete; la conquesa, desde la Serranía...

La geografía manda. Valencia es el acceso más natural, más fácil y más breve de la Celtiberia al Mediterráneo. Se puede decir de otro modo: Valencia es el puerto más próximo a Madrid, su mar más cercano y accesible. El dato conviene no olvidarlo porque es muy esclarecedor.

Con todo esto, adquiere la personalidad valenciana cierta apariencia de fluidez que en parte la define aunque no baste para borrar sus otros rasgos esenciales. Verdad es que a esa fluidez acompaña otra: la social. Valencia es y fue, hasta donde alcanza la mirada, una sociedad con predominio de una clase media muy individualista, aunque con un fuerte instinto gremial; muy democrática, aunque bastante sensible a la sugestión de los «condottieri»; muy celosa de la libertad, aunque dada a ponerla en peligro con el gusto por las banderías. Ha sido siempre, en fin, hasta donde las circunstancias se lo han permitido y bajo las etiquetas más dispares, una democracia de mercaderes y artesanos, tanto más abierta cuanto menos aristocrática y tanto más fluida y cambiante, cuanto más abierta.

En ese ambiente social, creado por él mismo, está el valenciano como el pez en el agua. No es caprichoso encabezar una descripción de Valencia con un retrato de su gente, porque ésta es una de esas tierras en las que se aprecia clarísimamente que un hombre llano y anónimo no debe importar menos que una piedra insigne. ¿Cómo es el valenciano? Yo diré cómo le veo, sin mirarme a mí mismo. Muy positivista hasta donde se lo consienta un temperamento extraordinariamente liberal y una gran generosidad humana. Muy sensual y epicúreo en la medida que lo permite su gran vocación de trabajo y de progreso. Realista, con los pies **SIGUE**

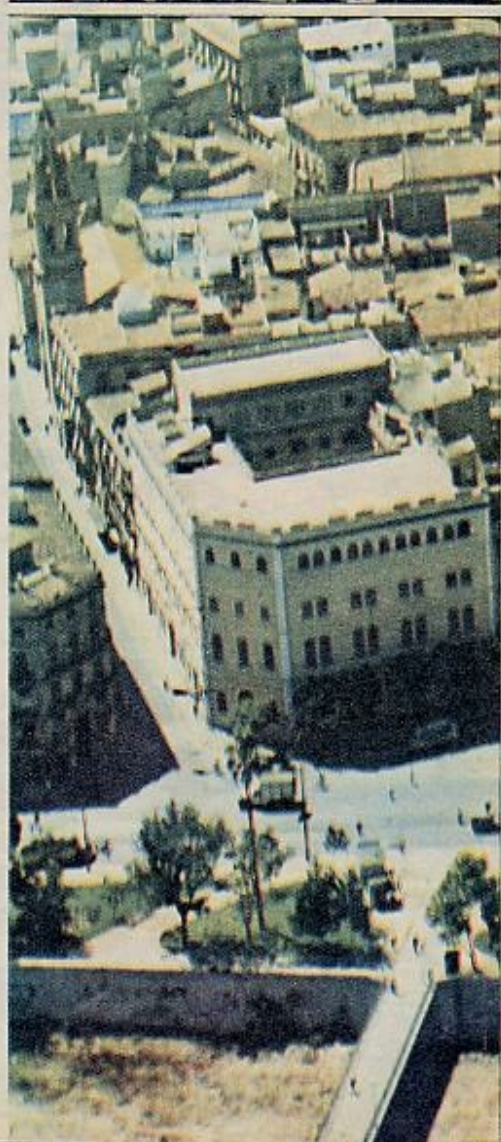
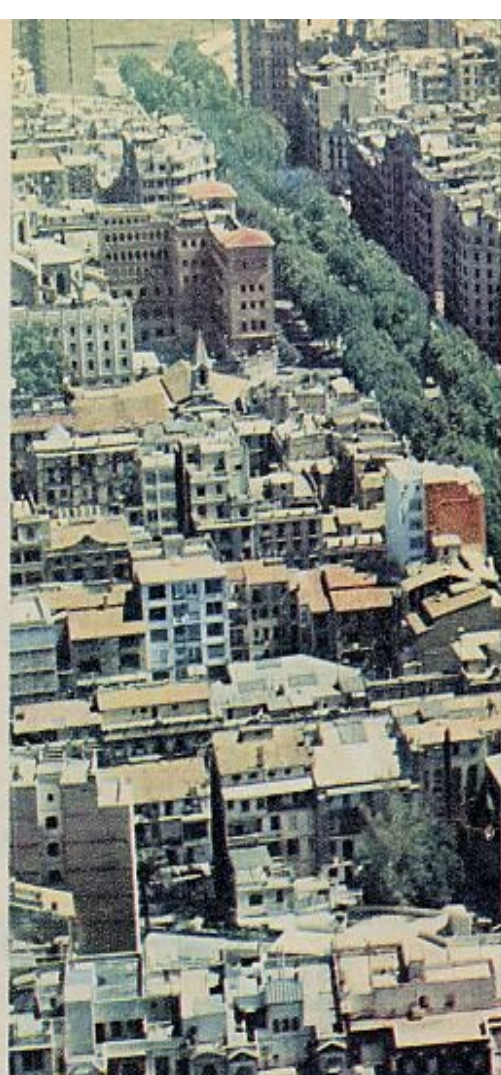




La ciudad se desparrama por la huerta «espesa e grand», como la llama el Poema de Mio Cid. La Albufera, proxima. El mar, al fondo orlando con espumas un litoral de arenas. El viajero que llega desde el mar, presiente a Valencia cuando empieza a alzarse en el horizonte un impreciso resplandor verde y un apenas perceptible vaho húmedo que se escapa de la huerta. En este espacio feracísimo se aloja una de las más densas concentraciones demográficas del mundo.



La Fallera Mayor es la reina de la Fiesta. Governa diversos estamentos: el oficial, el de la belleza y el del pueblo. Este año, la Fallera es una muchacha sencilla, trabaja en una casa de mudanzas de su propia familia. María Antonia Moret Gómez es una Fallera Mayor «vox populi».



## VALENCIA

muy firmes en la tierra, siempre que no le venza el poderoso tirón de la fantasía artística. Unamuno nos dijo: «Os ahoga la estética». Y uno piensa que puesto a ahogarse, no es ése el peor modo. El valenciano vive con las raíces muy firmes en el terruño, al que llama «terreta», haciéndolo femenino porque lo siente materno; y, sin embargo, el mundo está lleno, desde siempre, de bravos valencianos a la aventura, valencianos andantes esparcidos por todas las ciudades, que se tregan unas lágrimas siempre que piensan en la suya, pero que son tenaces, largos en el idear, en el ambicionar y en el hacer. Si alguien oye, lejos de Valencia, a un valenciano cualquiera que exclama con decisión «pensat i fet», sepa que acaba de desencadenarse un gran caudal de energía, de habilidad, de tesón y de ingenio, que lo mismo puede servir para entregarse al gozo festivo de construir una falla que para conquistar un mercado extranjero o planear una nueva industria.

Estos valencianos son los que llevaron la fonética de la tierra hasta las más distantes latitudes. Ya Vicente Ferrer, el santo dominico medieval, abrió rutas por la Europa de su tiempo, y fijó para siempre un tipo de valenciano universal, trotamundos,

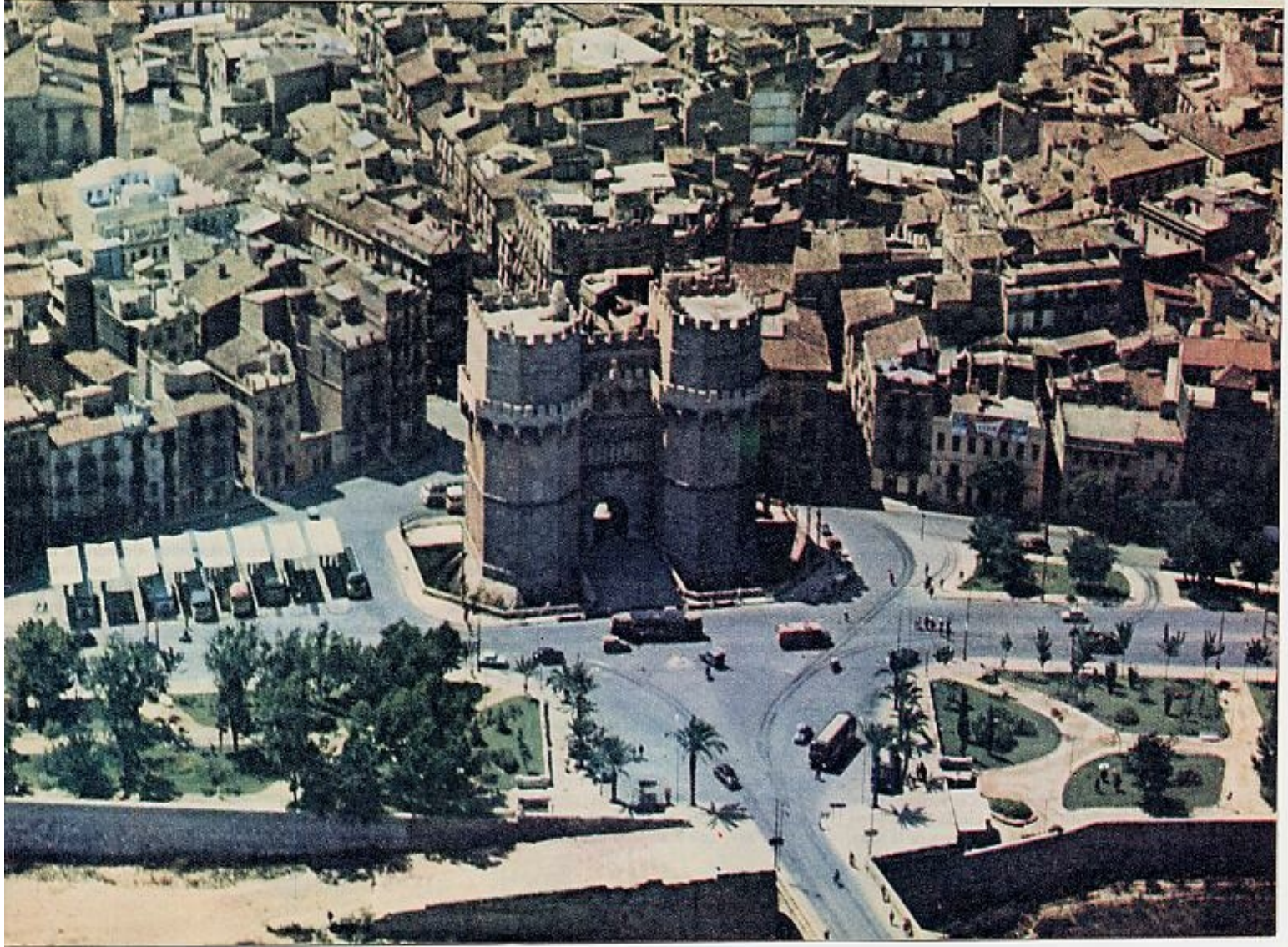
dinámico, impetuoso, vivaz de imaginación y de palabras y con una tremenda voluntad de éxito. Así pudo ser también, humanamente, Ausias March, el poeta máximo de Valencia, aunque sus versos reflejen una personalidad opuesta, melancólica y ensimismada, según pedían los patronos trovadorescos del momento. Pero no de poetas, ni de predicadores, sino de audaces negociantes, Europa conoció en los últimos cien años una invasión valenciana que, cuando las exportaciones españolas eran muy menguadas, fue abriendo mercados desde París hasta Berlín, desde Estocolmo hasta Munich, entre Londres y Rotterdam. Fueron mercados aquéllos abiertos por la fuerza de la calidad, pero también por el valor de la palabra.

Porque el hombre de esta tierra rinde culto a la palabra empeñada. Cada jueves, ante el pórtico catedralicio de los Apóstoles, se reúne el Tribunal de las Aguas: todos los pleitos entre **SIGUE**

Victor Hugo evocó a Valencia como la ciudad coronada de campanarios. El ocre de los tejados les sirve de fondo, y la ciudad antigua, ante la que yerguen su gracia las Torres de Serranos, compone su tradicional silueta bajo un cielo limpio y jubiloso. El puente se tiende ante ellas en un conjunto entrañable, nobilísimo y sugestivo.



Este es el luminoso y alegre centro de una Valencia que no tiene más años que el siglo. Hace diez lustros, poco más o menos, todo ello era campo abierto surcado por trenes y acequias. Poco más allá, estaba el pueblo de Ruzafa, cuyo nombre ya está indicando el delicioso paraje que debió ser en tiempos de moros. A la izquierda, la Gran Vía se abre como un túnel vegetal en el que reposa la mirada saturada de luz. A la derecha, la avenida de José Antonio emprende el camino hacia el mar, «bajo los arcos de las palmeras».





Estas son las Torres de Serranos, sobre cuyos rubios sillares baten los cierzos del norte. Puerta abierta al que llegaba antaño a la ciudad, ya que Valencia fue siempre solar de arraigo para gentes de otras comarcas. Las construyó Pere Balanguer avanzada la Edad Media y, al terminarlas, quedaron tan satisfechos los jurados de la ciudad, que le regalaron un corte de rica tela de Flandes. Son una bellísima creación del gótico valenciano, admirable por sus sabias y armoniosas proporciones.

regantes de la huerta se fallan allí expeditivamente, hoy como ayer, como hace siglos, con luz y sin taquígrafos, de viva voz, con la sabiduría ancestral de un pueblo que, por labrador y por mediterráneo, posee, a la vez, la pasión y la intuición del Derecho. Todo allí es verbal: la querrela y la sentencia inmovible. Como es verbal también la compra de las cosechas en el huerto mismo, a ojo de buen mercader, cuando el fruto que ha de venir sólo se presente en la promesa perfumada de los azahares.

\* \* \*

Digo, sí, ésta es Valencia. Cerrado un trato, habremos de regalar el cuerpo con lo que la tierra da, que no es grano de anís. A la hora de la mesa,

no se le puede ir a un pueblo tan sensual con engaños, aunque por otra parte el clima desaconseje con frecuencia los excesos. Si Valencia es tierra de transición y de integración en tantas cosas, también habla de serlo en sus saberes y sabores culinarios: todos los del Mediterráneo. Desde los ardores de la salazón, que abre las fauces al riego de los caldos indígenas de Utiel y de Requena, de Liria y de Turis, de Sagunto y Villamarchante, hasta los primores del azúcar aprendidos quizá de los confiteros de Damasco, se extiende un repertorio inagotable, bajo el imperio mediterráneo del aceite y de las salsas. Rodando anda el nombre de Valencia por las páginas del «Libro de Buen Amor» cuando, en la primera mitad del siglo XIV, quiere el Arcipreste referirse a las ca-

pitalas de los golosos: «Monpeller, Alisandria é la nombrada Valencia...». El arte de las confituras valencianas resplandece desde los epistolarios regios en los que se las solicita para las mesas principales. Los obradores valencianos se emplean en multiplicar los primores de la confitería regional irradiada, sobre todo, desde las comarcas de «moros y cristianos»: peladillas de Alcoy, dulces de Onteniente, turrónes de Jijona...

Otros vientos menos coránicos enseñaron destreza a los valencianos para aderezar, en succulentos embutidos vernáculos, la proscrita carne de los verracos. Anguilas albufereñas, que a otros mercados llegan ahumadas, se comen aquí con la salsa excitante del «all i pebre». Y cuando un valenciano paladea la famosa «pizza» napolitana que **SIGUE**



Macizas, imponentes, gemelas y almenadas, estas torres flanquean el Portal de Quart, superviviente de las antiguas murallas. Están roídas por la metralla napoleónica de 1808. La ciudad las conserva así, llagadas, como el mejor monumento conmemorativo que proclama la fidelidad valenciana en la defensa de la independencia española.



SOL  
DE  
ANDALUCIA  
EMBOTELLADO



# TIO PEPE

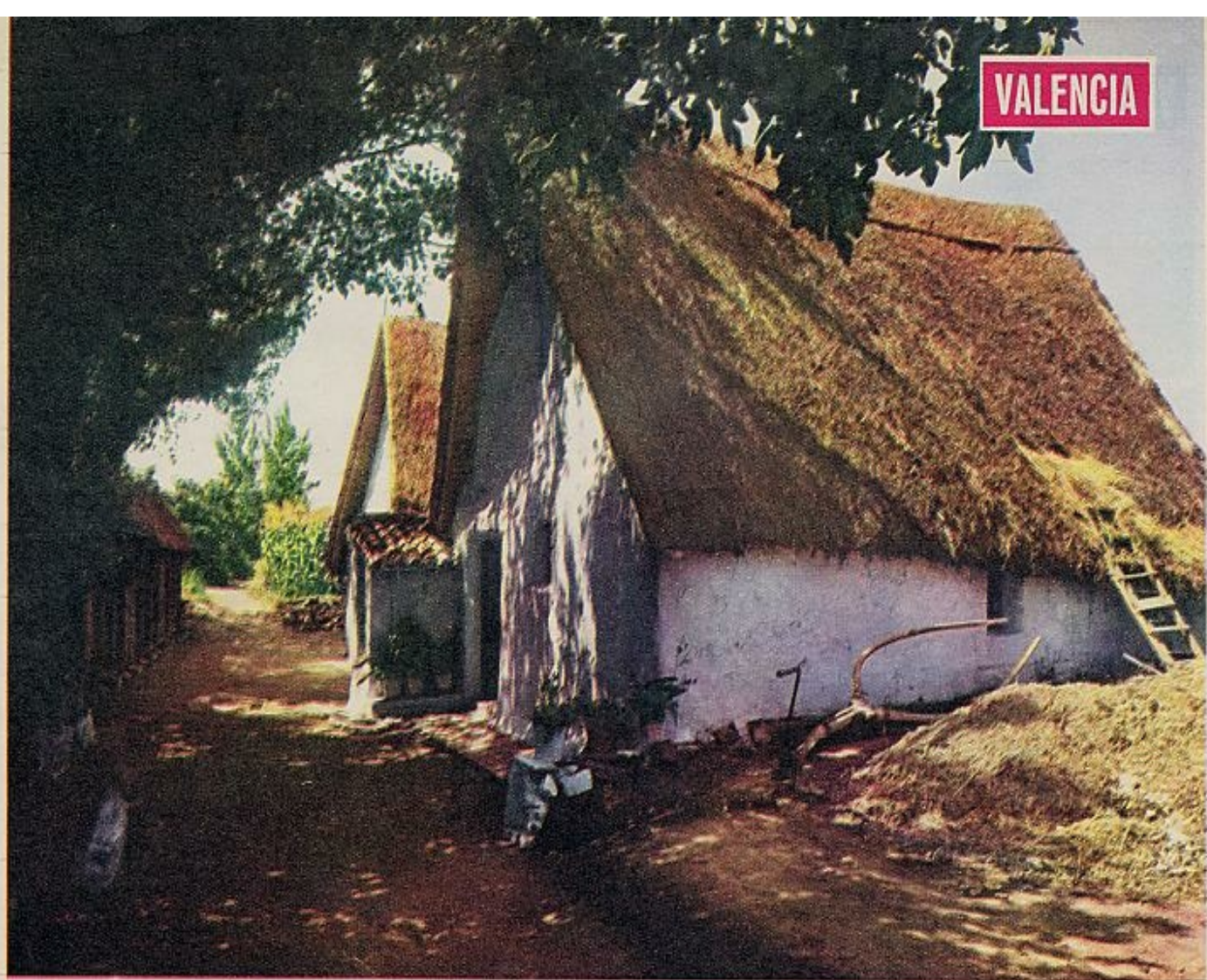
EN EL MUNDO, EL VINO FINO QUE MAS SE BEBE



GONZALEZ BYASS



RASGO, S.A.



La Barraca. Teodoro Llorente la cantó en versos inmortales: «Com la gavina de la mar blavosa...». Vicente Blasco Ibáñez la quiso para fondo de una de sus más calientes novelas valencianas. Los pintores las han llevado a sus lienzos. Los autores teatrales las han elegido para situar sus dramas y sus sainetes. Barracas de Benimaclet, de la huerta de Ruzafa, del Cabañal, diseminadas en torno a Valencia, son la humilde vivienda del huertano en trance de desaparecer, aunque con una fuerte carga simbólica para todo valenciano. Porque la barraca, con su rusticidad primaria, nos hace entrever los orígenes de esta tierra de cañas y barro.

ahora pregonan con guiños luminosos la mitad de los restaurantes norteamericanos, se encuentra con viejos y gratos sabores domésticos.

Sin embargo, no hemos entrado todavía en los dominios inabarcables del arroz: la gloriosa y difícil paella, falsificada tantas veces; el otro dorado y maravilloso arroz con todos los sabores del mar; los arroces secos y los húmedos, los blancos y los negros, ablandados sobre el hierro o sobre el barro, con carne de pelo o con carne de pluma, cocidos al crepitante fuego de la leña o en el denso calor de los hornos... El valenciano, ante una mesa bien abastecida, a la luz de unos ojos femeninos y con veinte grados a la sombra, piensa irremisiblemente con el doctor Fausto, que todas las teorías están hechas de humo, pero es dorado el árbol de la vida.

\* \* \*

Digo, sí, ésta es Valencia. El Cid, enamorado, sube con Jimena a las altas torres de la ciudad recién ganada:

«Miran a Valencia como yace la ciudad  
e del otra parte a ojo han el mar,  
miran la huerta, espesa e grand,  
e todas las otras cosas que eran de solaz  
alcan las manos para Dios rogar  
desta ganancia cómo es buena e grand.»

Voces árabes lloraban entonces el paraíso perdido: «Valencia, Valencia, vinieron sobre ti muchos quebrantos». Todo se envuelve en cenitales elegíacos de duelo: las blancas almenas y las altas torres, las acequias claras de la huerta y el noble río que «va

o non debie», las hermosas flores y el puerto «de que tú tomabas muy gran honra, menguado de las noblezas que por él te solien venir amenudo».

Requebrada de moros y cristianos, la belleza de la ciudad resplandece entre el mar y la huerta. Sus orígenes se pierden remotos en el oscuro manadero de los tiempos. Hay una fantasmal Tyris cruzando por el enigmático Periplo de Avieno, que muchos la identifican con ella. Otros creen adivinarla en una cuestionable y cuestionada mención de Tito Livio. ¿De cuándo data Valencia? Valencia no data. Aquí llegaron tirios y sirios, que viene a ser lo mismo. Por aquí pasaron cartagineses y tunecinos, que también. Cuando Aníbal iba, los Escipiones venían y esta parcela de gente española se estaba en la cuerda floja entre la Tarraconense y la Cartaginense, que ése es su destino: pinos al norte, palmeras al sur y al oeste las fuentes de sus ríos. Pasó lo de siempre, que dijo Lorca: murieron cuatro romanos y cinco cartagineses. Parece que los romanos, entregados a sus reyertas civiles, la arrasaron. Parece que invasores germanos no dejaron en ella piedra sana. El caso es que por estos parajes, cuando se excava un poco, lo mismo brota un mosaico romano, que una Virgen arcaica o una Dama de Elche: una cosecha con la que también hay que contar.

Después que Jaime I la sustrae a la dominación musulmana, Valencia, cabeza de su Reino, es puerta de Italia, y aquella democracia de mercaderes y artesanos que ya vimos. Hay que visitar su Lonja para entenderlo cabalmente. La Lonja es una maravilla alumbrada por el genio gótico más hermoso y reposado que se pueda imaginar: un gótico para visto a la luz de un sol muy claro, por un pueblo que cree poquísimo en espectros.



Cada provincia española aporta su peculiar concepto de lo femenino. El traje típico es, sin duda, uno de los elementos más caracterizadores. En Valencia es un traje que expresa exuberancia, riqueza, colorismo...

VALENCIA



Símbolo de la ciudad y cifra de las nostalgias del valenciano ausente, «el Micalet». Los puristas, que en todas partes hay, quieren que se diga «Miqueleta», pero el pueblo no parece estar muy dispuesto a seguirles. «Micalet» es, traducido, Miguelito, usando el diminutivo tan sólo como signo de ternura y familiaridad. Porque al valenciano le parece esta torre de la Seo, la de más recia y lograda masculinidad entre cuantas construyeron manos humanas.



El fotógrafo tiene los pies sobre el solar de la Valencia más remota. Los árboles de este jardincillo hunden sus raíces entre piedras romanas y milenarios restos ignotos. En estos lugares estuvo el foro, y ahí mismo, asentada sobre las tierras nutricias de la Valencia más niña, está la Basílica breve e íntima desde la que vela por la ciudad Nuestra Señora, Madre de los Desamparados. Si el fotógrafo, que está sobre el solar de la Valencia antigua, volviese la cámara hacia lo que tiene a las espaldas, captaría el palacio de la Generalidad.

En lo que sí cree es en el dolor, con la fuerza con que creen en él los pueblos que aman la vida. En plena Edad Media aún, sus mercaderes y artesanos, aleccionados por un fraile de la Merced, fundan el primer hospital para locos de que hay noticia: y con el hospital, nace la devoción singularísima a la Madre de los Desamparados, Inocentes y Locos que vela las angustias de la orfandad y de la demencia, del reo en el cadalso, del doliente sin consuelo y del desdichado sin esperanza.

Esta es, también, Valencia.

• • •

Y el Consulat de Mar, y el primer incunable salido de prensas españolas, y una burguesía activa, y Colón soñándola ante los paisajes vírgenes de la Trinidad donde dice que ha encontrado «muy lindas tierras, atan hermosas y verdes como las huertas de Valencia en marzo»; y el caballero teutón Münzer escribiendo en su famoso viaje: «Hace unos cincuenta años, el centro principal de la negociación, en España, era Barcelona, como el de Alema-

nia es Nuremberg; pero por causa de las contiendas intestinas de aquella ciudad, los mercaderes se trasladaron a Valencia que es hoy la cabeza comercial del Reino. Ahora están levantando un gran edificio al que dan el nombre de Lonja, en donde se congregan los mercaderes a tratar de sus negocios...». Reinaban Isabel y Fernando y acababa de nacer Juan Luis Vives. El Borja Alejandro VI, otro valenciano, pedía a Valencia desde el solio pontificio, que le llevaran cerámicas para sus aposentos y dulces para su mesa.

Por la heráldica de los Borja transitan bravíos toros hispánicos, foscas toros corniveletos que son el totem de la familia. Por Valencia, su patria, cruza la frontera del costado más taumomáquico de España: es todavía tierra del olé y del «jaleo», de las castañuelas y de la guitarra, del «salero» y las grandes ferias taurinas. Gente de los Borja alcanzan toros en fiestas que hacen palidecer a las romanas, y hasta las puertas de Valencia misma, bajan los toricos de Cuenca y Teruel, que en el pueblo de Chiva, a pocas leguas del mar, corren por las calles haciendo de su pavor, pavor de todos. Y cuando julio llega a la cumbre, en el día **SIGUE**



En el Aula Capitular de la catedral valenciana se rinde culto al Cáliz que una venerable e inveterada tradición señala como el usado por Jesús en el Cenáculo. Esta reliquia máxima de la Seo fue donación regia al primer templo valenciano en el siglo XV.



Esta es la alegría del sol y del mar en todo tiempo, y más aún cuando el verano pone fiestas en todas las barriadas y carteles de toros en las esquinas: la alegría que pintaba Sorolla en la misma orilla marinera de la ciudad, poblada de gracias adolescentes, de velas blancas y de azules incopiables.



La naranja es moneda firme de la economía regional y de la balanza de pagos de nuestra patria.

del señor Santiago, al que los de aquí llamamos Jaime, estalla una de las más bravas ferias del ruedo ibérico que Hemingway —quien la gozó y la sudó siempre que pudo— dejó evocada en unas páginas de «Por quién doblan las campanas», a las que el nombre de Valencia llega como una lanzada de sol ardiente y un hervor de músicas lejanas. Desde nuestra habitación —escribió el americano— oímos las bandas de música...

Pero hay otras músicas. Bajo el pontificado del Borja, poco más o menos, el caballero Luis Millán desvela a la noche con los sonos de su vihuela que pone música al romance de Baldovino. Entre esa vihuela y la guitarra que Joaquín Rodrigo hace retozar en su «Concierto de Aranjuez» está toda la música valenciana. Siempre ha tenido Valencia un músico a punto: para dirigir las bandas militares de media España o para cubrir vacantes en las grandes orquestas de medio mundo; para ponerle música a la corte de Catalina de Rusia, a lo de Cabezas de San Juan o a la musa de los Quintero; para, hoy mismo, llamándose José Iturbi, conquistar a Hollywood con compases de Gehrswin, y a la vieja Europa con sonos de Scarlattí.

Y porque Valencia es —¿no lo he dicho?— una

sociedad abierta y dinámica, la levadura de todo eso está en aquellas bandas que Hemingway oía una tarde de julio, con toreros que van a la plaza como los dibujó, en Valencia también, Gustavo Doré.

• • •

Esta es, digo, Valencia.

Juan Luis Vives, que siempre se hizo llamar valenciano en la cubierta de sus obras, evocó la ciudad soñada de su infancia:

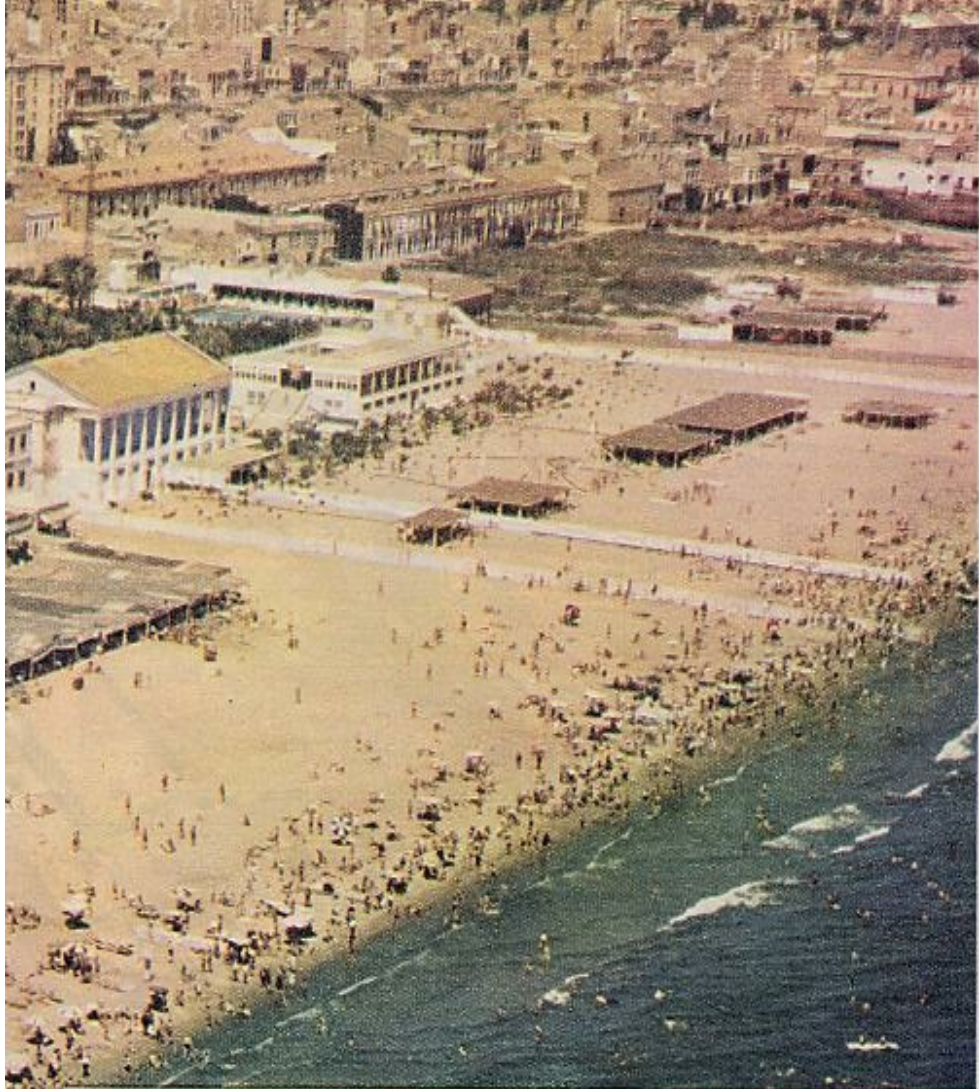
«—Abuela, ¿sabes por dónde se va a la escuela de Filopono?

—Cruzad esta plaza de Vilarrasa, luego viene un callejón; después la plaza del Señor de Bétera...

Desde Brujas, la dulce y la gris, mordido por las añoranzas, va trazando itinerarios sentimentales de su Valencia:

«—¿Por dónde iremos? ¿Por aquí, por San Esteban, o por allá, por la Puerta del Real, y visitaremos en su Palacio a don Fernando, duque de Calabria...?

—Vamos por San Juan del Hospital, a la calle del Mar...



—Y de paso veremos caras lindas...  
 —¿Quieres que vayamos todo derecho por la plaza de la Higuera y de Santa Tecla?  
 —No, sino por la calle de la Taberna del Gallo, pues en aquella calle quiero ver la casa donde nació mi amigo Vives...  
 —...de allí por la calle de los Carrajeros a la de los Confiteros, y luego a la plaza de la Fruta...  
 —Despeguémonos por la plaza de la Merced a la calle de la Chimenea y de San Agustín...

—No nos apartemos tanto del casco de la ciudad. Subamos más bien por la calle de la Bolsería hacia el Tosal; de ahí a la calle de Caballeros y a vuestra casa solariega, mi querido Centelles...»

Ahí está, espijada entre sus textos, la nostálgica evocación no sólo de la ciudad, sino también de las «caras lindas» que la adornan y que él, entre carta de Erasmo y carta de Tomás Moro, no conseguía olvidar.

Siglos después, tampoco las olvidaría Teófilo Gautier entre la espesa humareda romántica de sus impresiones españolas. Gautier las vio «pálidas, rubias, bionde e grassote, como las venecianas; por sus labios vaga una sonrisa dulce y triste, y en sus ojos hay un rayo azul de ternura; no puede darse contraste más perfecto. Aquellos negros demonios del paraíso de la Huerta tienen por mujeres ángeles blancos, cuyos hermosos cabellos están sujetos por una gran peineta de teja o atravesados con grandes agujones rematados en bolas de plata o de cristal...»

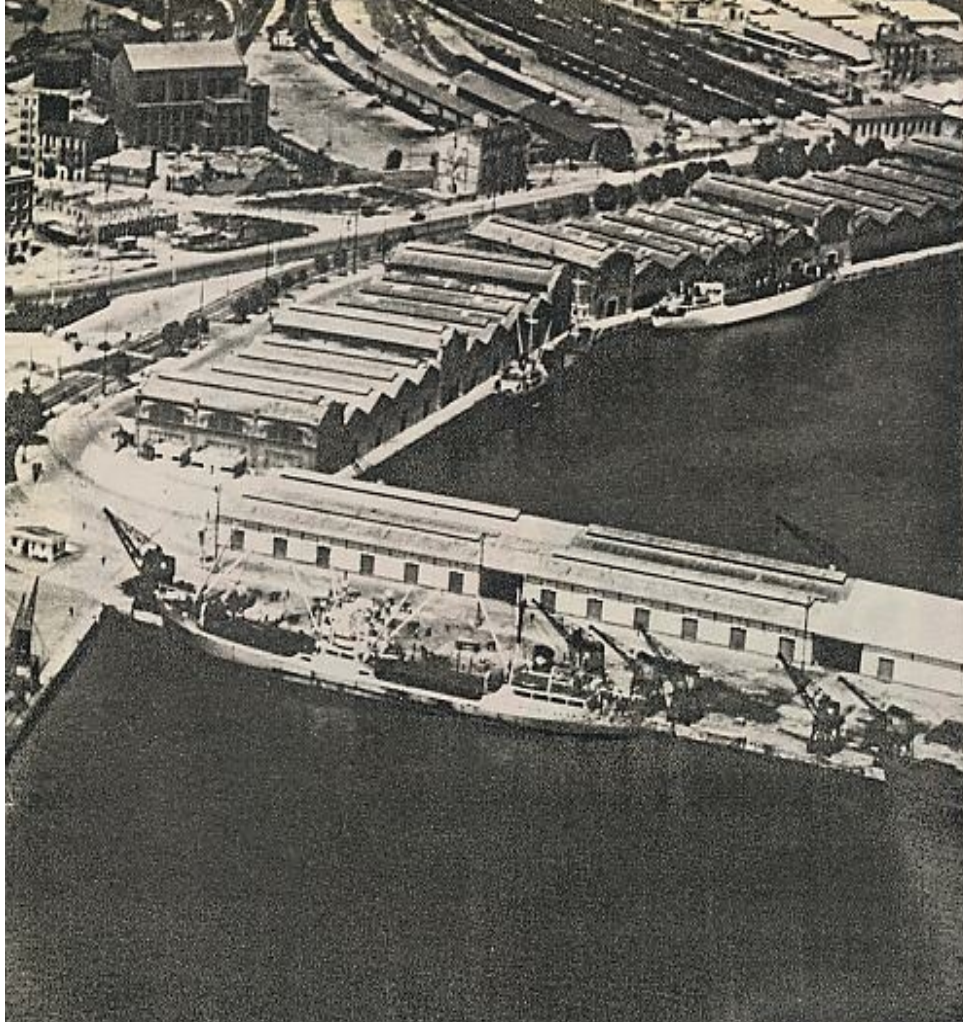
Los «negros demonios de la Huerta», cuya mala reputación —dijo el propio Gautier— «huele a pura calumnia», saben muy bien que los ángeles de este paraíso no son todas, ni muchísimo menos, blancas, rubias y tristes. Uno de los dones de este paraíso al que llegan gentes de tan distintas procedencias, es la diversidad. Otros rasgos, **SIGUE**

«El Baño», de Joaquín Sorolla.  
 Colección Pons Sorolla.  
 Fotocolor Domínguez.



**VALENCIA**





que no los étnicos, pueden definirlos mejor. Llorente, quizá, acertó más:

«...llauradora ab aspecte de regina  
plena ensemps de modestia y majestat;  
la de ajustat gipó y ayroses faldes;  
la que'l foch de l'Arabia dú en los ulls;  
la que clava ab agulles de'esmeraldes  
los negres cabells rulls.»

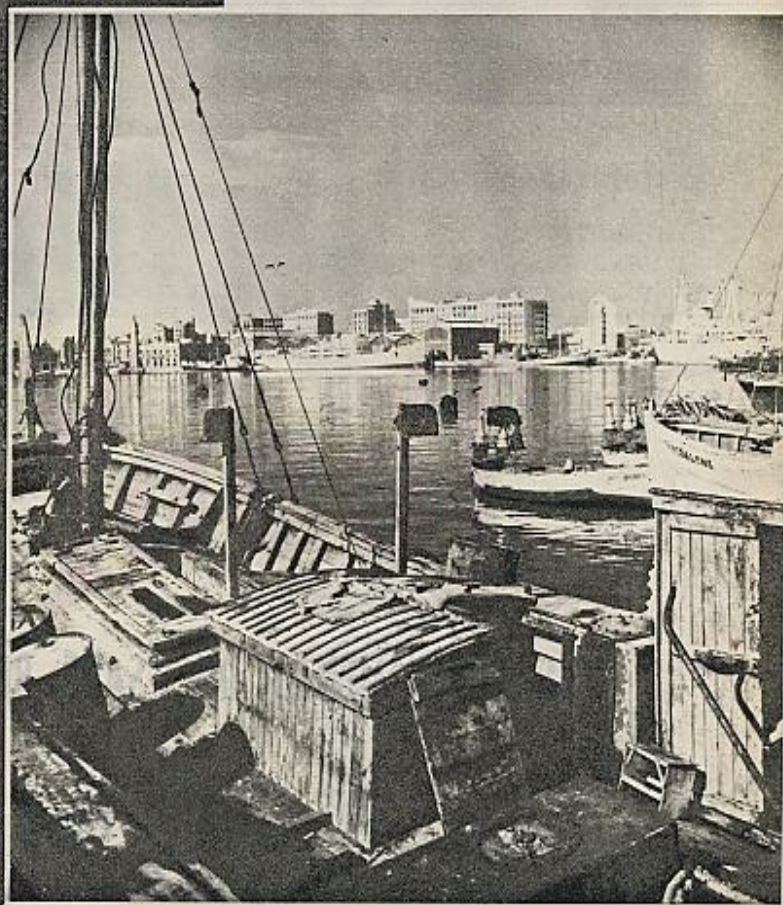
Hay que verlas, en una tarde de marzo, con la gala antigua de las sedas, los terciopelos y los encajes, y acunando una brazada de flores, avanzar por las calles de la ciudad. Viéndolas, Rafael Sánchez Mazas escribió que le ayudaban a imaginar la fiesta helénica de las panateneas...

\* \* \*

La familia de Vives entroncaba, al parecer, por parte de su madre, Blanca March, con Ausias, el poeta, que era halconero en la corte de Alfonso el Magnánimo, aquel monarca cuyo amor se repartían Nápoles y Valencia. Ausias March es el más alto poeta en lengua valenciana. Alfonso el Magnánimo habla en castellano, porque castellana es su educación, y en castellano escriben también buena parte de los poetas y los humanistas de su corte. Cuando agoniza el monarca, uno de sus versificadores palatinos escribe:

«¿A dónde podremos fallar un tal viejo  
rey más humano que vieron nascidos?»

Bilingüe es la corte del Magnánimo y bilingüe es Valencia, a la que sus hijos pueden requebrar en dos idiomas sin traicionar al suyo. Y hacen su gloria lo mismo Jaume Roig que Timoneda, Joanot Martorell que Guillem de Castro, Jordi de Sant Jordi que Gil Polo. También hace su gloria un **SIGUE**



El puerto y, lo que no importa menos, los astilleros al lado. De éstos salen nuevas embarcaciones a engrosar no sólo la flota española, sino las de muchos otros países. En rigor, es una tradición que continúa, pues algo más allá está todavía lo que resta de las famosas atarazanas medievales.



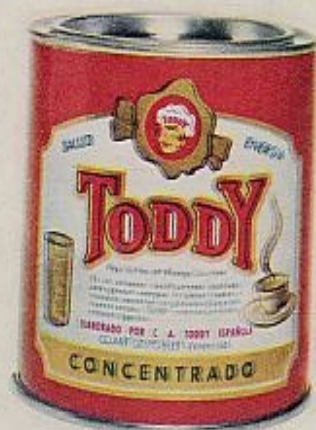
FIJESE BIEN...

EL PRIMER  
SORBO  
LO DICE



# TODDY

ES EL ALIMENTO QUE SABE BIEN

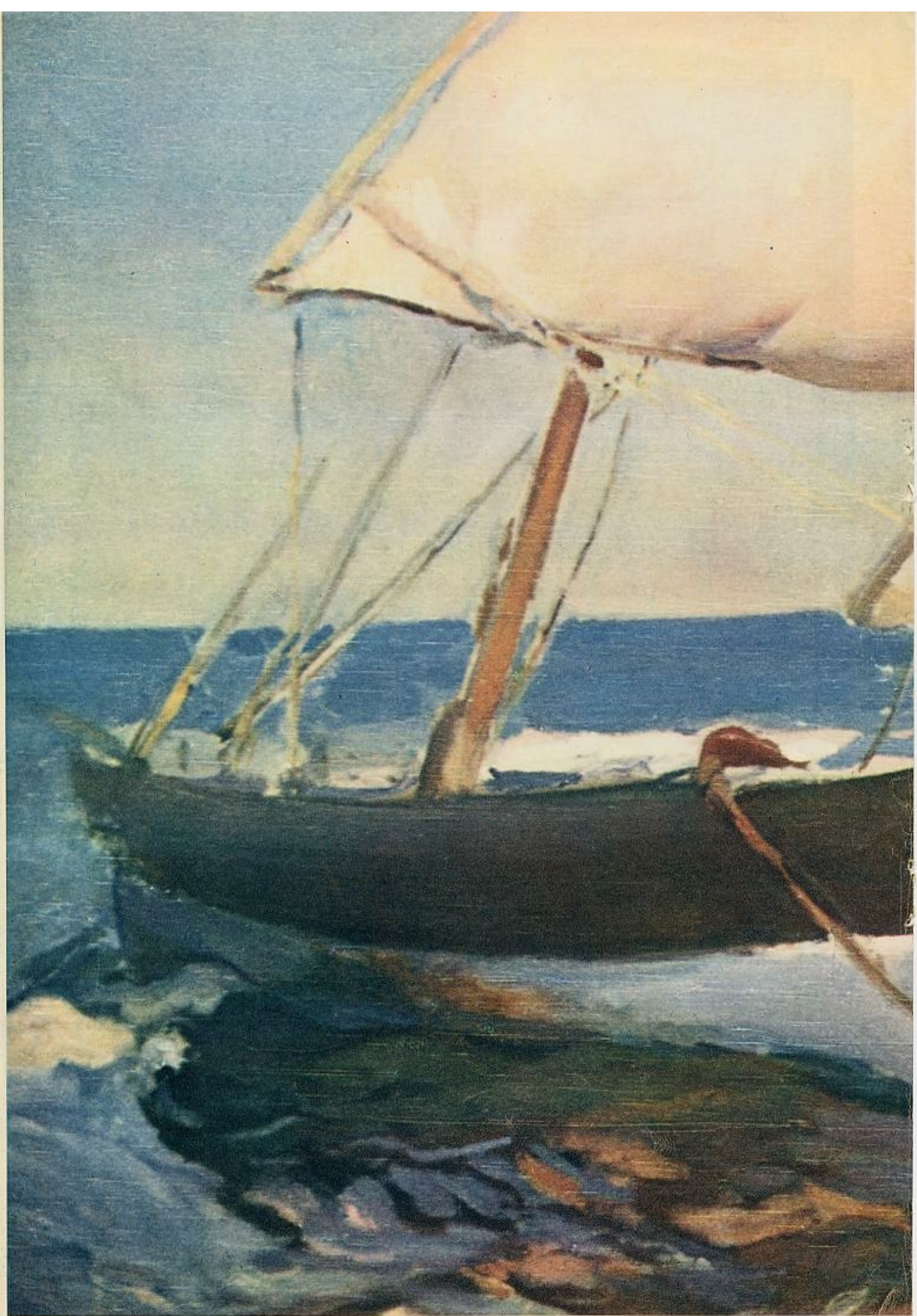


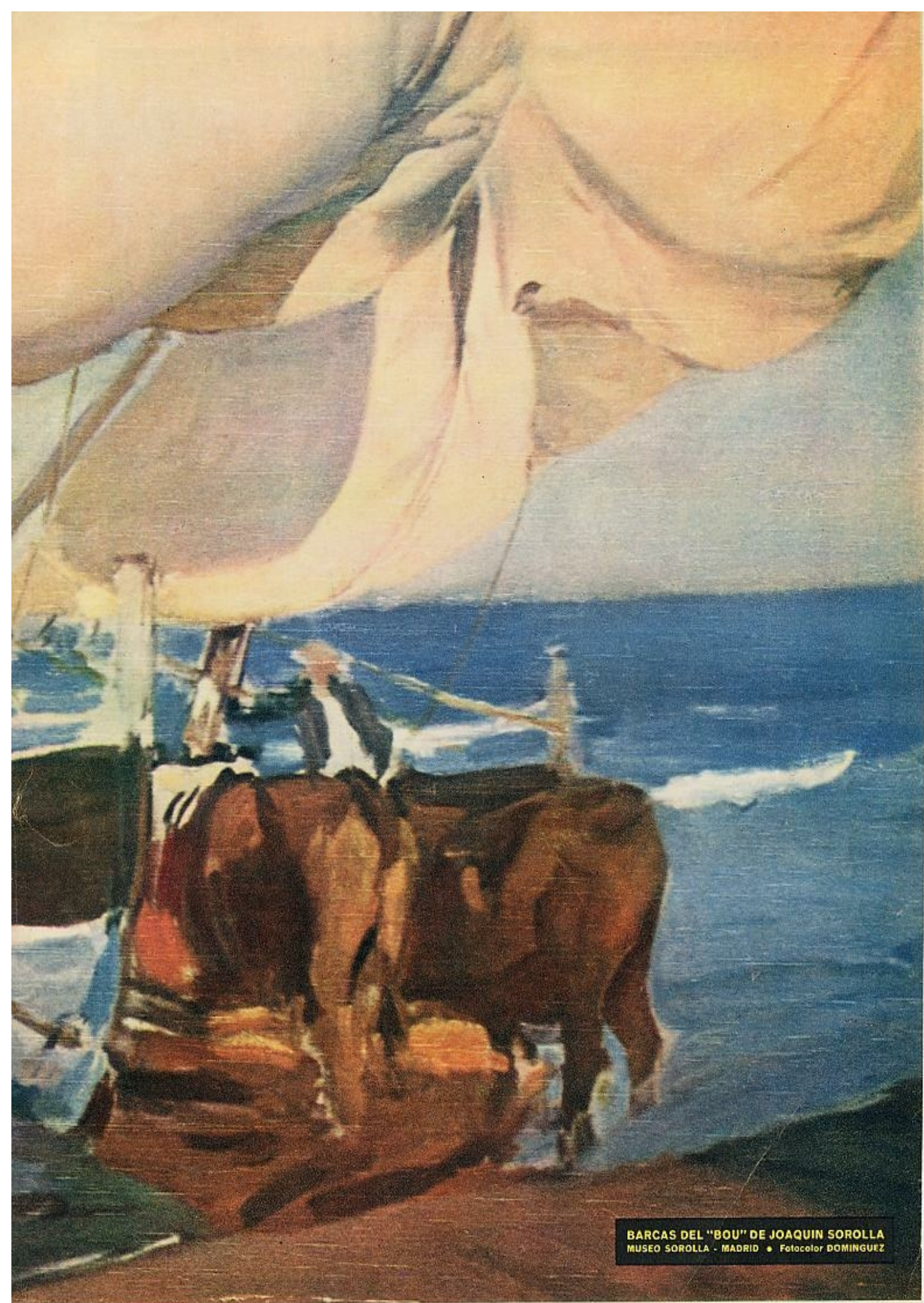
Fijese bien. Pero bien... bien... bien.

Todos tomando **TODDY** se sienten bien

UN JERSEY  
ESCORPION







BARCAS DEL "BOU" DE JOAQUIN SOROLLA  
MUSEO SOROLLA - MADRID • Fotocolor DOMINGUEZ



Ella,  
El y  
EXPO.

ELLA TAMBIEN ES FELIZ PORQUE TIENE SU CAMISA EXPO, LA AUTENTICA Y UNICA DAMA EXPO LAS CAMISAS EXPO PARA EL Y PARA ELLA, SON TECNICAMENTE PERFECTAS.

camisas **EXPO**  
CONFECCIONADAS POR *Admiral*

HOMOLOGACION **TERGAL**  
NO PRECISAN PLANCHA



DAMA EXPO 451..  
TITI EXPO 497..

FOTO STUDIO POMES

**Para su esposo  
únicamente  
lo mejor**



— ¡Que bien sabe el caldo preparado con AVECREM! —  
dirá su esposo.

El le agradecerá este exquisito primer plato, que  
demostrará sus cualidades de Ama de casa y su buen  
sentido de la economía hogareña.

Sano, nutritivo y con todos los elementos  
necesarios para una alimentación de calidad.

**¡Esto es AVECREM!**

*¡Señora: acostúmbrese a lo mejor!*

**AVECREM  
GALLINA BLANCA**



CARNE · GALLINA · POLLO · PECHUGA

**VALENCIA**



Lonja de los mercaderes, Consulat de Mar: testimonio de una gloria, huella de una vocación, definición de un estilo de vida y, sobre todo, logro supremo de un arte maravilloso.



Panorámica de la Valencia tradicional, gobernada por las torres de Santa Catalina y el famoso «Micalet». En primer término, la plaza Redonda, de antiguo sabor mercantil. Cerca del «Micalet», la basilica de la Virgen de los Desamparados. A la derecha, el bonito barrio del Carmen, que va a morir en la orilla del Turia.

gentil testimonio de Cervantes: «Cerca de Valencia llegaron, en la cual no quisieron entrar por excusar las ocasiones de tenerse; pero no faltó quien les dijo la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos y, finalmente, todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades, no sólo de España sino de toda Europa, y principalmente les alabaron la hermosura de las mujeres, y su extremada limpieza y graciosa lengua, con quien sola la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable».

Del mismo tronco que el catalán y el balear, balears y catalanes la distinguieron en su individualidad tan reconocible como encantadora. Declinaba todavía el siglo XIV, cuando llega a Valencia un franciscano insigne, catalán de Gerona: Francesc Eiximenis. Eiximenis se encandila con las bellezas de Valencia y de su idioma, y con las de éste, sobre todo, por lo que tiene de entidad lingüística abierta, flexible y fronteriza. Dice el clásico catalán: «Aquesta terra ha llengatge compost de diverses llengües que li son entorn, e de cascuna ha retingut ço que millor li es, e ha lleixat los pus durs e los pus mal sonants vocables dels altres e ha presos los millors».

Por el mismo tiempo, y es el tiempo mejor, los valencianos tienen conciencia de poseer una lengua propia. Canals, todavía en el siglo XIV, traduce a la «vulgada llengua valenciana... jatsia que altres l'agen tret en llengua catalana». Del propio «Tirant lo Blanch» se proclama que está compuesto en «lengua vulgar valenciana...»

¡Fueron muchos los pueblos que pasaron por esta tierra! Ahora mismo, en algún lugar de la huerta, habrá una mujer infantilizando ingenuamente la expresión al preguntarle al hijito: «Vols ma?».

«¿Quieres agua?». Y para poner una carga de ternura íntima en su lenguaje ha recurrido, sin saberlo, al mismo vocablo con el que nombraban al agua sus antepasados los moriscos.

\* \* \*

El agua, y también el fuego. Este pueblo que desde tan antiguo posee la sabiduría de domar el agua para los riegos, posee igualmente la ciencia de domar el fuego para las fiestas. Las tracas crepitantes, el varonil redoble de la «mascletá», los trémulos palmerales de fuego en el cielo nocturno, la carcasa que revienta en una lluvia de flores y de estrellas, el caprichoso zigzaguar de los cohetes, la ardiente hoguera de una falla: todo eso es Valencia también. Hay un cinturón de polvorines pirotécnicos en torno a la ciudad: Paterna, Benimamet, Godella...

Godella es un pueblo de inmediato a Valencia, con buenos pintores y diestros pirotécnicos; unos pintan al óleo y otros pintan a la pólvora. Cuando el sol de agosto hace reverberar los blancos tapiales y alza un canto enamorado de cigarras, Godella celebra su fiesta mayor con un fabuloso alarde de pólvora, y fue un día así cuando, a fines del ochocientos, un pintor que se llamaba Ignacio Pinazo empuñó su paleta entre el fragor de los disparos y captó incontables apuntes de todo: el fulgor anaranjado y blanco de las explosiones, las nubes de humo, la precavida audacia de los pirotécnicos, la iglesia al fondo, con sus muros resplandecientes y su interior sombrío, el cielo azul...

Pintaba Pinazo y estaba naciendo Sorolla, que no fue sólo el pintor de la luz, como se dice mucho, sino también el pintor del movi-

**SIGUE**



El templo de los Santos Juanes salió muy malparado de las devastaciones de julio de 1936. Mucho se perdió al perderse la enorme bóveda pintada por Palomino, pero no vale menos lo que resta como testimonio de la más colorista y pintoresca vida valenciana. ¡Casi nada, «el pardalòt de Sant Joan»! En este templo descansan los restos del pintor Ribalta, fue bautizado Vicente Blasco Ibáñez y le pusieron la primera sal en los labios a Federico García Sanchiz.



# Llegó.....

## KING SIZE

(TAMAÑO LARGO)

el nuevo tipo  
de cigarrillo  
largo  
que alarga  
su placer



 **Philip Morris**

Philip Morris International, New York, N. Y. y Richmond, Virginia



FOTO-ESCO

# pidá DYC

el whisky español con la mejor calidad internacional

...beba DYC whisky

AZOR PUBLICIDAD



# DYC

VALENCIA



Campo de Mestalla, marco de las grandes competiciones deportivas que tanto han caído en este pueblo gustoso de los espectáculos al aire libre y de agruparse en bandos que ahora son los de los Clubs futbolísticos.

Foto: AFP/RETNA



Para que este delicioso y sereno paisaje quedara compuesto así, hubieron de pasar muchos siglos y acumularse los legados de muchas generaciones: la arquitectura que enmarca al río, con algún regusto italianizante como de Tíber o de Arno; el puente y los árboles; San Pio V al fondo, donde Valencia guarda su primera pinacoteca...

miento, como se dice menos: del movimiento, que es el signo de la vida.

El agua y el fuego, la luz y las sombras. Mucho antes que Pinazo pintara la «masclatá» de Godella, y cuando ya el Magnánimo era sólo un recuerdo, vivía en Nápoles un pintor al que los de allá llamaban «il Spagnoletto»: José Ribera. Su obsesión mayor era también la luz: pintaba sombras y se esforzaba en medir los grados de diversa luminosidad que puede haber en ellas. La historia termina en la Malvarrosa, una de las playas vecinas a la ciudad, ante el caballete de Sorolla, entre un retozar de niños y de olas y las velas de unas barcas, henchidas por la brisa bajo un sol glorioso.

Pero es natural que no a todos agrade ese mismo sol. Lope de Vega vivió en Valencia algunas de las mejores horas de su vida. Baltasar Gracián, algunas de las peores, y ya es decir, pues debió de tener muy pocas buenas. Dime quiénes son tus amigos y enemigos para que yo te diga cómo eres.

A Valencia le van los tipos vitales como Lope, quien en Valencia encontró un escenario para su vida —¡qué teatro!— y para sus comedias —¡cuánta vida!—. También encontró amigos de una pieza. Valencia se debió de encender en el recuerdo de Lope como una dulce ascua que caldeó el resto de su existencia. En «La Dorotea» escribirá: «En entrando por esta calle, me parece que por abril estoy en alguna de la insigne Valencia.» Por otra parte, pasa sus días valencianos avivando vocaciones teatrales, sin que le cueste mucho entre unas gentes que, según se vio ya, aman la palabra, sienten la luz y gustan del movimiento que es acción. En la España de los Austrias, como después, como ahora, hay mucha sangre valenciana del otro lado de las candilejas, entre la farándula, como ha habido y hay mucho im-

**SIGUE**



La Universidad valenciana ha crecido y sigue creciendo, ciudad afuera, en nuevos edificios para las Facultades, las Escuelas Especiales, los laboratorios y los Colegios Mayores. En tanto, este armonioso claustro que preside la efigie de Juan Luis Vives, permanece como testimonio de la continuidad de una institución por la que desfilaron ya incontables generaciones. A dos pasos, el claustro, más admirable todavía, del Colegio de Corpus Christi, con su incalculable tesoro artístico y su fuerte severidad litúrgica...

está usted de suerte amigo



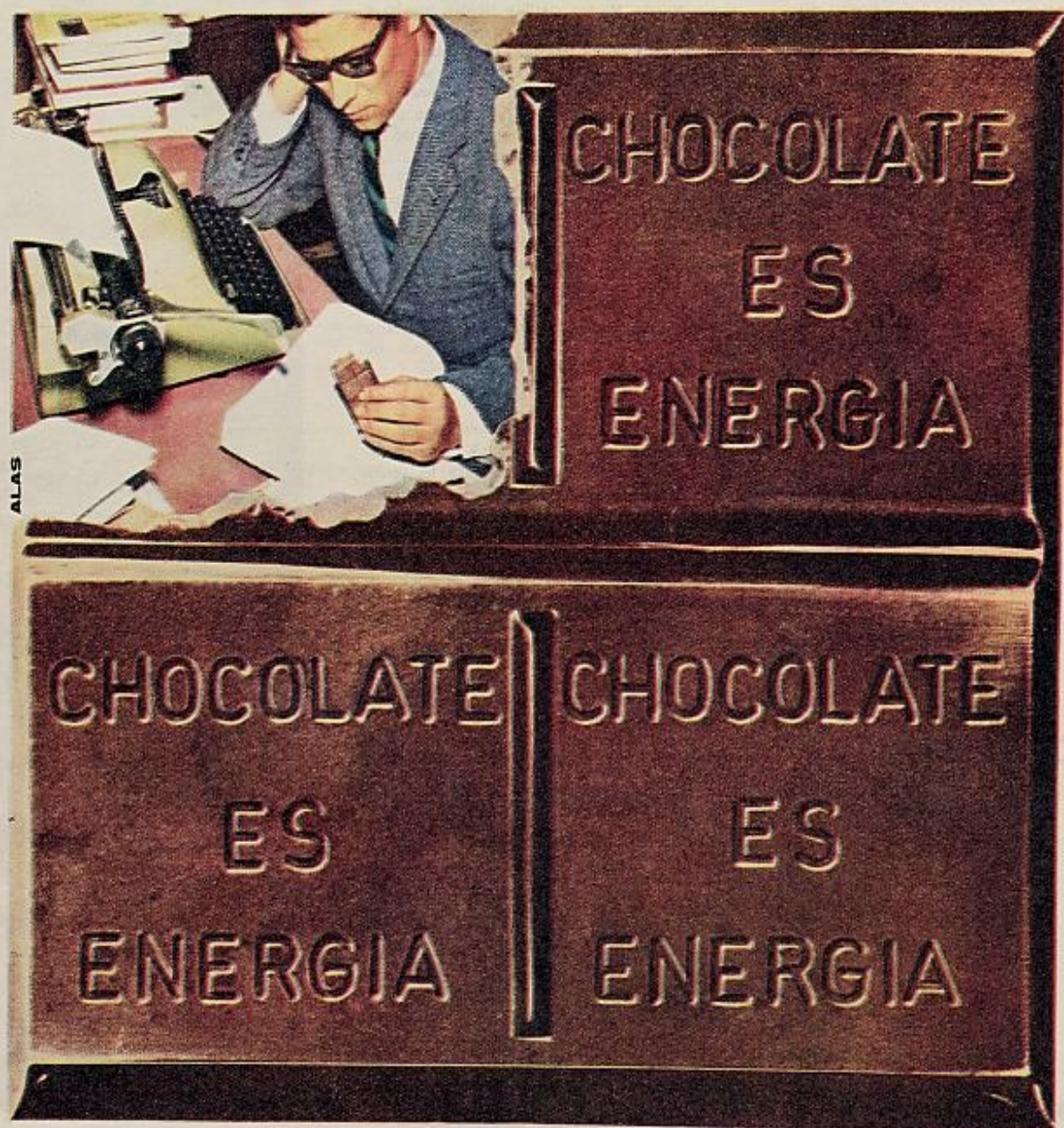
Vaya, vaya, vaya...  
encontró más que buscaba

*Green-Fish*

la ginebra auténtica y purísima  
que figura entre las mejores de  
fama internacional.



**el superalimento que Vd. necesita ...**



Sólo el CHOCOLATE y su materia prima el CACAO le ofrecen en tan poco tamaño y por tan poco dinero tantas calorías como las que Vd. necesita para combatir el desgaste de su diaria labor.

**CHOCOLATE**  
**es... energía concentrada**

pulso, mucho ingenio y mucho dinero valencianos moviendo la indecisa máquina del cine español desde sus primeros pasos hasta hoy mismo.

\* \* \*

Abierto el siglo XVIII, pasa la guerra, llega el Borbón, se derogan los Fueros, «más se perdió en Almansa». Carlos III dota a Valencia de una armoniosa edificación neoclásica, que empezó en Aduana y ha parado en Palacio de Justicia, presidido en lo alto por el perfil borbónico del propio rey constructor. Los hombres de la Ilustración preparan el primer plan de desarrollo que ha conocido España. El siglo XVIII —¿quién lo iba a decir!— es un siglo en el que Valencia se encuentra a sí misma: en la afición artesana por la obra bien hecha y primorosa, en el cultivo de los oficios artísticos, en la paciente labor de hermanar lo útil y lo bello. Se reaviva la vieja tradición ceramista, nunca interrumpida, pero fortalecida en los hornos maniseros y de Alcora. Chirrían los telares de los «velluters» mientras en las andenas de las alquerías, olorosas a hojas de morera, nace la seda para la gala de las hermosas y la vanidad de los petimetres. Labran los mueblistas piezas de una decoración graciosa y delicada. En los obradores de los plateros, que alzaron el campanil esbelto y femenino de Santa Catalina, como una novia del robusto Miguelete catedralicio, se labran hermosos aderezos para las mocitas que se van a casar. Hay grabadores cuyo prestigio vuela lejos. Es el siglo académico, sí, y la hora cenital de muchos oficios

valencianos. Cavanilles recorre las tierras del viejo Reino, y hace un frío inventario de su flora y de su industria, de sus cultivos y de su gente. Es tiempo de desarrollo, y él solito se hace su Informe del Banco Mundial para la Valencia del setecientos. Jorge Juan, que es un marino de Novelda, hace lo mismo, pero en los virreinos del Nuevo Mundo. Mayans clasifica lápidas, papeles e ingenios. Rojas Clemente funda jardines botánicos y se dedica a herborizar, que es el deporte de la época. La actividad crece. Los talleres se multiplican. El padre Tosca, un clérigo matemático y erudito, confecciona un bello y minucioso plano de aquella Valencia, con su huerta en torno, sus jardines cerrados, sus barrios populares, el río que la ciñe, los monumentos que la señorean y las murallas cortadas a trechos por las antiguas puertas. Allí, las Torres de Serranos, sobre cuyos rubios sillares baten los cierzos del norte. Allí, las de Cuarte, macizas e ilesas todavía. Precisamente, la misma tempestad de plomo y fuego que las cubrió de heridas fue la que desbarató el Plan de Desarrollo con el que soñaban los hombres de nuestro setecientos.

\* \* \*

Lo que sigue es una amarga pesadilla. Bajan carlistas hasta las afueras de la ciudad, suben cristianos hasta las fortificaciones de Morella, los verdugos no descansan y a los desgarrones que abrieron en las torres de Cuarte las granadas napoleónicas se añadieron unos lustros después los abiertos por las bombas de Martínez Campos cuando lo del Cantón. Huyendo de estas bombas —«Fugint de les bombes»—, rebrota la socarronería popular en el ingenio de un sainetero donosísimo: Eduardo Escalante. La sociedad valenciana de aquel tiem-

Hasta en sus aficiones gastronómicas, el valenciano no olvida el gusto por los colores bien dispuestos y entonados. La paella perfecta, ya sea de pollo, ya sea de mariscos, ha empezado por ser un buen espectáculo. Si la retina aprueba, es más que probable que el paladar apruebe también y que la digestión sea feliz.



A dos pasos de la ciudad, el Extremo Oriente: un paisaje juncos y sobre el que tienden su vuelo bandadas de árabes, y Albufera se llama. Allí junto, el arrozal, el las dunas de la playa del Saler: un paraíso al que

po está viva en los sainetes de Escalante, como lo está en las fallas de marzo, que, en realidad, son también sainetes, aunque estáticos y con personajes de madera y cartón.

La Restauración —otra vez Martínez Campos en Segunto— abre un nuevo capítulo. Con la paz, aunque precaria, las energías pugnan por ser fecundas.

Valencia crece y se renueva. Su agricultura conoce los caminos del mercado exterior. Escucha un bonito requiebro de Maragall:

«Mira al teu camp i et sentirás potenta,  
mirat al mar i t'hi veuras bonica.»

El gran poeta le pide a Valencia algo más; le pide que al mismo tiempo escuche a Cataluña, desde donde, le viene a decir muy delicadamente, pero



lacustre en el que se inserta la fina caligrafía de unos  
aves exóticas. Albufera —el lago— le llamaron los  
pinar de la Dehesa que avanza al encuentro del mar hasta  
el valenciano puede ir con billete de ida y vuelta.

muy al grano, la están llamando. Con lo que el  
requiebro parece perder un poco en generosidad:

«...escolta de la part de Catalunya  
i sentirás una gran veu que et crida...»

• • •

En Valencia, mientras, grana la «Renaiçença» li-  
teraria y erudita que Llorente prestigia y capita-  
nea, y en las calles la vieja pasión de las bande-  
ras enciende reyertas y motines.

Sorolla pinta el retrato de Blasco. Benlliure mo-  
dela el busto de Sorolla. Por la Universidad ha pa-  
sado un mozo recién llegado de Monóvar, que se  
llama Martínez Ruiz, pero que con el tiempo se  
llamará Azorín. Un indiano valenciano, Rodrigo Bo-  
tet, regala a su ciudad una de las más im-  
presionantes colecciones de fósiles del **SIGUE**



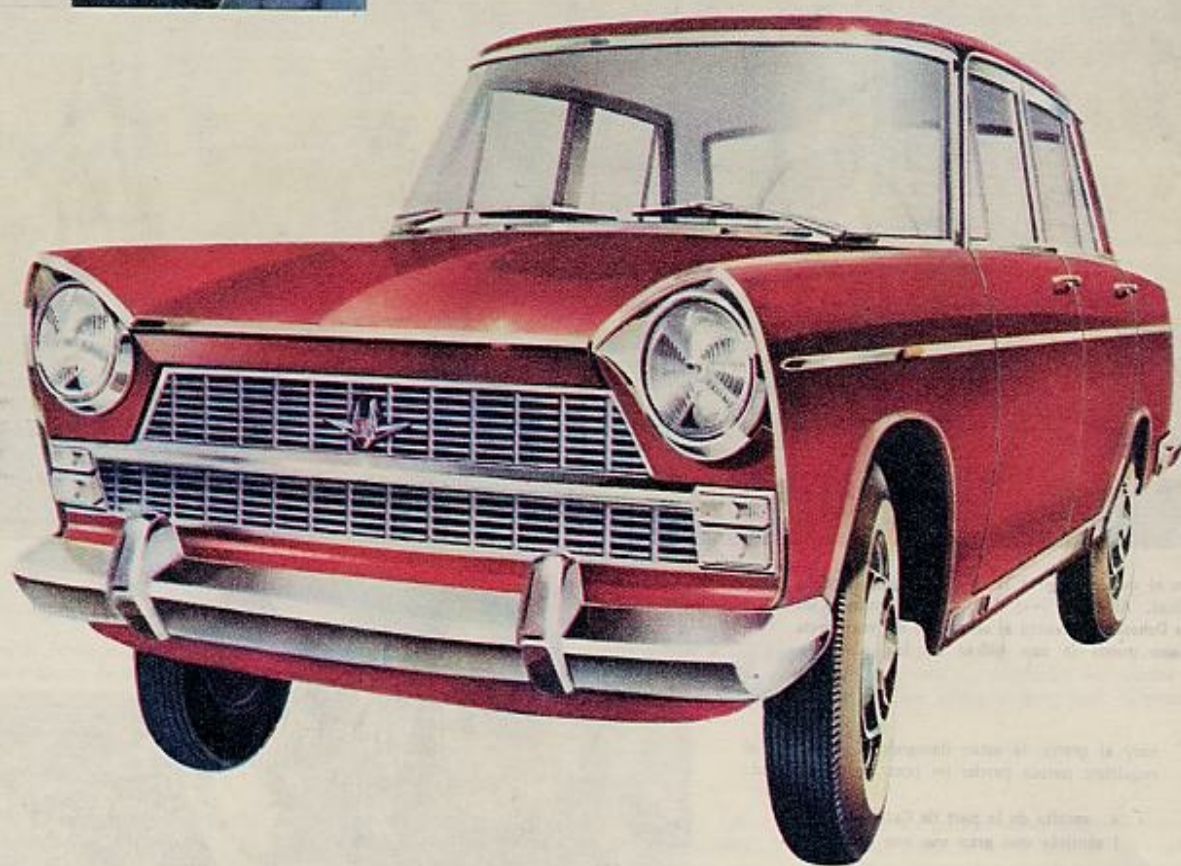




**SEGURIDAD**  
para usted  
y los suyos

**SEAT 1400-C**

CID PUBLICIDAD



SEAT siempre está a su lado para ayudarle.  
En todas las carreteras de España el  
**SERVICIO OFICIAL SEAT** está presente con una  
**EXTENSA** red de talleres dotados de las más  
modernas instalaciones y del personal más experto

— A todas partes con  y servicio SEAT en todas partes



*Marzo*

**19** **feliz día con**  
**una bebida**  
**feliz**

*San José*



*La bebida de  
la cordialidad*

VALENCIA



La torre de Santa Catalina, cuya construcción fue patrocinada por los plateros valencianos como en un alarde de orfebrería en piedra...

mundo. Hermenegildo Anglada descubre una Valencia oriental y fabulosa. El músico Giner pone acentos valencianos al numen de Verdi. Marruecos y Argelia se pueblan de valencianos que implantan cultivos, establecen transportes, inician negocios y fraternizan como nadie con sus parientes norteafricanos.

Sin embargo, a algunos hombres del 98 no les gusta demasiado Valencia. No la entienden o la encuentran algo así como «poco profunda». A los hombres del 98 les ocurría algo muy sorprendente: les dolía la España inerte, pero les mareaba la España dinámica.

Sin embargo, aquella marcha. La burguesía valenciana, en pleno desarrollo industrial, celebra una Exposición que marca una época en la vida de la ciudad; y desde entonces, durante más de medio siglo, hay emoción en los ojos y en las gargantas al entonar un himno, cuya primera estrofa, escrita por un poeta del valencianismo, dice así:

«Para ofrendar nuevas glorias a España,  
nuestra Región supo luchar...»

Con la primera guerra mundial hay guardias civiles patrullando por las calles, negocios pingües y veleros que no descansan abasteciendo a los bellgerantes. La tierra produce cada vez más chimeneas humeantes. El vértice de la prosperidad se alcanza allá por los años veintitantos, en plena Dictadura primorriverista, cuando el puerto bate todas las marcas exportadoras —máximas españolas—, el alcalde Sotelo realiza capitales mejoras y reformas urbanas, y Misstinguette estrena en París una canción que va a dar la vuelta al mundo y aún pervive: «Valencia», de Padilla. Pero es en ese momento mismo en que se podía pensar en dar el salto desde una economía floreciente y opulenta, sí, pero esencialmente agraria, a otra más plenamente industrial, cuando todo se vino abajo.

\* \* \*

Diez años después, los imperativos de la Geografía y los azares bélicos hacen de Valencia la capital de una de las Españas en guerra terrible y devastadora. Sobre la ciudad se ha posado una nube de dolor, de terror y de tristeza, y Antonio Machado, que la vivió en aquellos días, le dedicó un soneto melancólico y emocionante:

«Valencia de felices primaveras,  
de floridas almunias y arrozales,  
feliz quiero cantarte, como eras,  
domando un ancho río en tus canales,  
al dios marino con tus albuferas,  
al centauro de amor con tus rosales.»

Levantada sobre una glorieta, la estatua ecuestre del rey don Jaime, el segundo y definitivo conquistador de Valencia, una ciudad que mantiene aún tradiciones —el gusto a la pólvora, por ejemplo— árabes.



Esta joya hermosa y delicada de la Valencia del setecientos, fue palacio de los marqueses de Dos Aguas. Pudo ser como un «Sans Souci» íntimo y primoroso que requiera música de clavecín, pinturas de Watteau o de Fragonard, mitologías galantes y discretos recelosos sobre la última obra de Juan Jacobo, de Beaumarchais o del señor De Arouet. Ahora alberga una impresionante colección de cerámica, valenciana en su mayor parte.

Que a Valencia las frases más hermosas no siempre se las han dicho sus hijos.

\* \* \*

...Y vuelta a empezar, desde las ruinas y desde la ruina. El medio millón de habitantes que hacen la ciudad, con las docenas de miles de los pueblos contiguos de la periferia y los restantes de la provincia y de la región, ponen manos a la tarea para que los campos y las fábricas vuelvan a dar cosechas; porque el oro de esta tierra se llama esfuerzo.

Esta es, sí, Valencia. La sociedad, muy abierta y muy fluida, reposa sobre claros supuestos económicos: en primer lugar, una propiedad rural y urbana muy fraccionada. La provincia ocupa el tercer lugar entre las españolas por su renta absoluta y el quinto por su renta «per cápita», que asciende, ésta, a 23.759 pesetas. (La máxima corresponde a Gulpúzcoa, con 31.270.)

Este premio grande de la lotería, que es Valencia, está repartidísimo. Es una democracia muy espontánea de mercaderes y ar-

**SIGUE**



- EL. (Pidiendo otra taza.) ¡Qué buen café!
- ELLA. Estaba segura de que te gustaría.
- EL. Es realmente instantáneo. Se hace solo.
- ELLA. (Mientras él paladea el café.) Ya lo has visto: es un polvo de pequeñísimas esferas huecas que se disuelven al instante.
- EL. ¡Es un café riquísimo!
- ELLA. El bote de cristal y la tapa «twist-off» guardan el mismo aroma, el mismo color y sabor para cada taza. Abre el bote y aspira.
- EL. ¡Hum! ¡Qué aroma!
- ELLA. ¡Y qué color!
- EL. Oscuro, de café bien tostado.
- ELLA. Y qué auténtico sabor. Será tu café favorito.
- EL. (Dejando la taza.) Sienta estupendamente. Sobre todo en momentos como éste, después de comer...
- ELLA. Sí. Es el café instantáneo para la pausa del café. Yo siempre tengo un bote a mano.

están  
hablando  
de  
MONKY



¡qué  
buen  
café!

MEJORES HORAS CON MONKY

**MONKY**

**INSTANTANEO**

MONKY INSTANTANEO ES UN CAFE DE

**COGESOL**

LA COMPAÑIA DEL BUEN CAFE

VALENCIA



Fallas: fiesta del fuego y de la alegría; de la vida que renace con la primavera; de la sátira ingeniosa; de la plástica más jocunda, sorprendente y popular; de la juventud deslumbradora; de una ciudad unida para el gozo; del ingenio vivaz... Y, en la noche de San José, innumerables hogueras ardiendo en la ciudad hermosamente y tiñendo de carmín el cielo nocturno en el que se abren las flores policromas y ruidosas de la pirotecnia.

tesanos que poseen frecuentemente piso propio y hasta acaso unas hanegadas de suelo fértil. También la industria está muy fraccionada —lo que ahora dicen que no es bueno— en multitud de talleres, del mismo modo que el río se fracciona en un sinfín de acequias fecundantes.

Pero un día, en el otoño de 1957, se desencadenó un diluvio, y el Turia se salió de madre, anegando de barro la ciudad, los pueblos y los campos. Durante unos días de devastación y de duelo, Valencia pudo adivinar la ciénega que debió de ser en sus más remotos orígenes: agro palúdico, poblado palafítico...

Y al bajar las aguas, técnicos y arbitristas afilaron sus lápices e idearon desterrar de Valencia al Turia, el gran culpable, que fluiría así alejado de la ciudad. Lo que ahora es cauce para su caudal mermado, se poblaría de viviendas, de instalaciones ferroviarias, de una pista que le suplantaría en su curso hacia el mar. Vieron la luz maquetas, en las que paisajes urbanos muy característicos jugaban tímidamente a ser Brasilia...

Esta es Valencia.

Contemplarla desde la otra orilla del río, con su perfil modelado por generaciones y generaciones, con la gala de sus torres, de sus puentes y de sus arboledas, es un espectáculo hermoso para cualquier retina sensible y emocionante para cualquier retina valenciana. Y hay valencianos en esta hora decisiva del crecimiento de su ciudad, a los que ilusiona todo progreso que no entrañe descaracterización o almoneda, y todo culto al espíritu ancestral de la urbe que no suponga pasividad o parálisis; valencianos a los que duele que aquel hermoso y venerable paisaje pueda estar condenado a desaparecer. El que esto escribe es uno de ellos.

Aunque así es Valencia: una ciudad que se hace, se deshace y puede con todos.

J. O.

Soy feliz.

Con

Calmante  
vitaminado

MUY INDICADO EN  
LAS MOLESTIAS  
PROPIAS DE LA MUJER  
POR SU EFICACIA

CONTIENE  
BITAMINA

B.



C. 9.19.101

**DOLORES DE CABEZA  
DOLORES REUMATICOS  
FIEBRE, GRIPE, ETC.**

**LA TABLETA QUE DA BIENESTAR  
Y TONIFICA LOS NERVIOS**